

tanto, un simple «golpe» dentro de una tradición clásica de las revoluciones de palacio: es un pacto implícito —que después se ha hecho explícito— del Ejército que ha dado el golpe, desde sus diversos escalones, y el pueblo, que había desgastado al régimen por su resistencia. Si los civiles del Régimen saben que el golpe no lo han dado ellos, los militares saben que no habrían podido darlo, o resolverlo como están tratando de resolverlo, sin un pueblo previamente predispuesto y unos políticos que habían actuado incesantemente.

Nada más lejano a la situación actual de Portugal que la anarquía que se achaca desde el hispanocentrismo, o desde el miedo. No está excluido que esa anarquía pueda llegar a aflorar en un momento dado, como no está excluido un controgolpe desde la derecha, desde la Presidencia de la República y de la Junta. Esta es la característica esencial de Portugal: que no tiene su futuro predeterminado.

Podríamos decir, también, que esa es la grandeza del movimiento desde que se inició hasta nuestros días: que no ha buscado, como en las situaciones precedentes en otros países, instaurar desde el primer momento un orden prefabricado. Ni suspender los mecanismos de creación de la legalidad, como se ha hecho en Grecia, o en Chile; destruir la libertad de prensa, la de partidos, la de parlamento. Frente a los golpes cerrados, ha sido un golpe abierto: ha tratado de partir de un cero para inventar algo que se está inventando poco a poco, día a día. Las reclamaciones de los revolucionaristas por la revolución, las de la Junta por el orden y sus admoniciones, en sus dos exageraciones, son necesarias. Son necesarias las huelgas y las reclamaciones de salarios, que dan señal de que el pueblo no se conformará con una simple reinstalación del capitalismo en sus mejores beneficios, como son necesarias las adventencias de los partidos de la izquierda gubernamental para que esas huelgas no se salgan de un cauce. Son necesarios los partidos políticos, y hasta su enorme multiplicación, porque un país al que no estaban permitidas las opiniones tiene necesidad de encontrarse con ellas, de contrastarlas, de elegir. Es ridícula la rabietta de algunos hispanocentristas que llegan a decir que los par-

tidos están haciendo política partidista en lugar de política nacional: porque la política llamada partidista es simplemente la manera de entender la política nacional de cada uno de los partidos. Hay que entender claramente que el monopolio de la idea de patria, de la idea de lo nacional, no pertenece a unos partidos más que a otros, y que el internacionalismo no es nunca peyorativo en cualquiera de los dos sentidos en que puede solicitarse: en el proletario que defiende Cunhal y el partido comunista, o en el de las grandes organizaciones internacionales, en el de los compromisos con un mundo existente, que defiende la Junta; incluso en el de las empresas multinacionales que defienden los grupos de capital, siempre que éstas estén reguladas por las condiciones de trabajo y de beneficio de la entidad geográfica que las acoge, y no, como estaba sucediendo en Portugal, aprovechándose de la explotación de mano de obra y de las materias primas traídas de África a costa no sólo de esos países explotados, sino del soldado portugués que luchaba por ellas.

Otra cosa es la importancia, o la influencia que se dé a determinados acontecimientos políticos internacionales sobre el interior de España. El desenvolvimiento de la situación en Portugal puede tenerlos, y muy importantes, en un sentido o en otro; como los va a tener la nueva situación política de Francia, donde otro régimen ha sido liquidado. Pero no será negando, entenebreciendo, tratando de deformar la realidad, como esa realidad va a dejar de influir. Los problemas de España y sus salidas, sus soluciones, son los suyos propios, y no los ajenos. Que el hispanocentrismo se dirija a examinar, a analizar las situaciones y las complejidades españolas, y no a deformar, desinformar o teñir las de otros países. No sólo no servirá de nada (no por decir que Portugal va mal, va a ir realmente mal, ni los orgullosos o pretenciosos consejos para que «enderezé su camino» tienen ningún sentido), sino que será absolutamente pernicioso para algo que se está tratando de hacer por todos los sentidos políticos y a todos los niveles, salvo los de unos cuantos desdichados que han visto su tiempo agotado sin darse siquiera cuenta: la educación política del pueblo español. ■ E. H. T.

La Capilla siXtina

DON SANTIAGO CARRILLO

Ultimamente está Santiago Carrillo como muy coloquial, y a quien quiere escucharle le cuenta, por una parte, que quiere volver a España, y por otra, que volver no significa dejar de ejercer su oficio: la política. No he asistido a la famosa rueda de prensa, pero sí he asistido, un tanto atónito, al espectáculo de las reacciones políticas e informativas del país. Salvo contadísimas excepciones, han sido reacciones muy civilizadas, tan civilizadas, que se ha producido la extraña sensación de que Carrillo había convocado la rueda de prensa en Pamplona. Intrigado por esta circunstancia, he decidido ponerme al habla con el secretario del Partido Comunista de España.

—¿Don Santiago Carrillo?

—El mismo.

—Me llamo Sixto Cámara; yo soy escritor...

—¿Sixto! ¿Cómo sigue Encarna?...

—Pues... yo...

—¿Y Menelao el Areopagita?

—Pues a medias, verá usted...

—¿Y Marco Antonio Alfonso de los Arroyos? ¿Es verdad que hay grupos de presión palentinos y onubenses en la Redacción de TRIUNFO?

—¿Y cómo lo sabe usted, coño?

—Información. La clave de nuestro tiempo. Por cierto, ¿esa campaña contra los enanos es verdad?

—Hombre, es previsible.

—Lo digo porque yo tampoco soy muy alto, y a ver si ahora me detienen y me procesan por no dar la talla.

—Mire, yo le llamaba para que me explicara por qué ha habido tan pocas tormentas después de su rueda de prensa en París.

—Porque las ruedas de pren-

sa son actos civilizados de comunicación, hijo mío.

—Pero usted tenía una imagen construida en la que no le faltaba ni una pezuña, ni un rabo de Maligno.

—Pero eso era en la época de la radio. Ahora priva la "tele", y, desengáñese, soy más fotogénico que el sesenta por ciento de políticos españoles en ejercicio. No llego a la perfección física de Cunhal, que parece una mezcla de Tuñón de Lara y de Blas de Otero, pero seguro que daría una buena imagen en la pequeña pantalla.

—¿Se va a presentar usted a un concurso de Televisión Española?

—No se me había ocurrido, pero lo pensaré. De momento, lo importante es volver.

—Bueno, corto porque la conferencia ya me sube un pico.

—Y tal como se han puesto los precios...

—Yo tengo un sueldo de periodista, pero usted es todo un secretario general, y además, el oro de Moscú...

—Que no señor. Que Tengo un sueldo que da risa. En el último Congreso dije que había que subir el sueldo de los dirigentes profesionales, y recibí la primera adhesión por unanimidad. Y el oro de Moscú ahora se emplea para invitar a Nixon.

—Pues si supiera usted lo que me pagan por cada "Capilla Sixtina"...

—Dígame, Sixto, ¿y a cuánto está la ternera en Madrid?

—A doscientas noventa el kilo.

Silencio al otro lado del hilo. Finalmente, un carraspeo.

—Me parece que voy a reconsiderar mi propósito de volver. ■

SIXTO CAMARA